

El futuro de la natalidad y del trabajo reproductivo

Future of natality and reproductive work

295

Luis Garrido Medina

UNED

En 1996 escribí: «Puede que no sea evidente, pero la producción fundamental a la que se dedica el género humano es a la de seres humanos. Quizá oculta esa evidencia el hecho de que no se organicen grandes empresas para la obtención de niños, sino que ese producto básico se confíe a pequeños negocios que se conocen con el nombre de familias».

Para indagar sobre el futuro de la natalidad hay que preguntarse cuáles son las tendencias de cambio de los procesos económicos, sociales y políticos que influyen en la configuración de las instituciones, sobre todo, en aquellas que tienen como fin primordial la estructuración funcional y la protección de la seguridad de esas específicas empresas familiares. Y también, cuáles son las respuestas que dan las personas a las «insospechadas» consecuencias de las transformaciones vitales que se han venido produciendo en el último medio siglo en las sociedades avanzadas.

Para que sea aceptable la radical disminución del número de hijos, el creciente retraso de la maternidad, y el consiguiente riesgo de «quedarse» sin descendencia, es imprescindible que cambie la percepción sobre la duración del tiempo de nuestra vida. De hecho, la drástica disminución de la muerte temprana aparta la presencia «mental» de la propia muerte y fomenta una visión del mundo en la que –en las edades juveniles más propicias fisiológicamente para la reproducción– se «siente» que se cuenta con tiempo de sobra para cualquier cosa. La maternidad (y la paternidad) pueden esperar. La «realización personal» y la libertad individual se convierten en preferencias absolutas.

* Este trabajo forma parte del Proyecto de I+D+i CSO2014-59927-R titulado *Reducir el paro estructural en España: formación y empleo, costes laborales, migraciones, estado del bienestar y familia*, del Programa Estatal de Investigación 2015-2019..

Esta clara prevalencia del individuo promueve una forma de ejercer la libertad cotidiana que disuelve la solidez y el valor de los compromisos. Y en particular los de la pareja, que, hasta ahora, han venido siendo indispensables para la mayor eficiencia de una crianza prolongada. La estabilidad del amor pierde prestigio frente a la preferencia por la autonomía personal. Las frecuentes rupturas de las relaciones amorosas también resultan más llevaderas por esa conciencia de disponer de tiempo para «rehacer» la vida con otra pareja.

Sin esa tranquilidad de visión sería arduo soportar las numerosas restricciones económicas que coadyuvan a dificultar la reproducción. Sin duda, la tardanza en la consolidación laboral es un factor clave, ya que añade a la incertidumbre un dilatado retraso en el logro de la suficiencia de recursos para conseguir la emancipación y el establecimiento convivencial de la pareja. La prolongación de los estudios universitarios también puede interferir con las edades más fértiles.

A estas dificultades se suma el hecho de que, en numerosos países, la vivienda se ha convertido en el capital popular por excelencia. La espiral del crecimiento de los precios inmobiliarios contribuye a dilatar aún más la consecución a tiempo de un nido apto para la crianza. En las edades más adecuadas para la reproducción, no solo no se tienen hijos, sino que (sobre todo en las sociedades «familistas») una importante mayoría no se ha emancipado del domicilio paterno, y la convivencia en pareja no solo se retrasa, incluso disminuye cohorte tras cohorte entre los jóvenes-adultos.

El ejemplo de los que se «arriesgan» a simultanear las dos consolidaciones (la laboral y la familiar) no resulta muy atractivo para sus coetáneos. El resultado más inmediato es una desesperante pobreza de tiempo libre. Los trabajos necesarios no permiten «vivir la pareja» ni «la vida misma» con algo de sosiego. La presencia constante de estas limitaciones fomenta unas separaciones que, en el caso de tener hijos, conllevan catástrofes emocionales que convierten la vida cotidiana en un calvario, empeorado por sensibles pérdidas de nivel de vida. Estos avatares tan negativos producen un razonable temor entre los que no se han «animado» a la esforzada aventura de ser padres. Y quienes deciden retrasar (o desistir de) la reproducción, tienden con mucha frecuencia a considerarlo más un ejercicio de su libertad de elección que un efecto de sus dificultades prácticas, tanto las sufridas como las temidas.

Así, se hace imprescindible la transferencia de gran parte de las tareas de cuidados a unidades «más grandes» con el objetivo de disminuir los riesgos asociados al reducido tamaño de la empresa familiar, lo que produce una creciente demanda de servicios públicos que se industrializan y se extraen del domicilio. Guarderías, escuelas infantiles, hospitales... acogen esas tareas, sin lograr un buen acople de los horarios. La búsqueda de la seguridad, basada tradicionalmente en el apoyo familiar y conyugal, se ha ido transfiriendo al más independiente soporte de una «seguridad social» financiada y administrada por el Estado, dando lugar a una suerte de «familia estatal».

Además, esas necesidades insatisfechas de las familias en la fase reproductiva encuentran una competencia especialmente potente en la atención de los cuidados a los ancianos, en el que las pensiones de jubilación son un componente decisivo. Esta importante demanda de financiación pública de la jubilación, la incapacidad y la sanidad (de los mayores), unidas a la educación, el paro y al incremento de la complejidad de la sociedad, con la consiguiente necesidad de la expansión de las administraciones públicas, drena los recursos de los que trabajan. Sobre todo, en las edades clave para acometer la reproducción y la crianza, que no casualmente coinciden con las de máxima productividad y mayor participación laboral, lo que dificulta seriamente la solvencia imprescindible para criar a la descendencia. Este proceso de transferencia, mediante los impuestos, entre las diferentes edades y posiciones laborales constituye un eficiente «control fiscal de la natalidad».

Con todo, en las sociedades avanzadas, el espectacular descenso de la fecundidad por debajo de la tasa de reposición no ha producido aún una disminución de la población. Y esto ha sido posible dado el incremento de la re-productividad, entendida como la cantidad de años de vida humana producidos por cada nacimiento.

La más que notable reducción y «desfamilización» de las labores relacionadas con la crianza ha posibilitado a la mayoría de las mujeres un cambio colectivo de dedicaciones laborales desde el sector reproductivo (en el propio domicilio), hacia el mercado de trabajo (extradoméstico). A esta translación sectorial, con influencia en todos los órdenes de la vida, la he denominado «La revolución reproductiva». Al igual que en la revolución agraria, o en la industrial, los masivos incrementos de productividad en cada uno de esos sectores han venido desplazando la necesidad de mano de obra hacia otros sectores y cambiando así todos los órdenes de la sociedad. Ninguno de esos sectores incluía una cantidad de «fuerza de trabajo» tan numerosa como la dedicada hace siete décadas a la reproducción.

Estos cambios han venido acompañados de disfunciones en la estructura institucional. Un caso paradigmático es la creciente des-institucionalización de la convivencia conyugal, antes regulada por el matrimonio. Mientras las actividades humanas relevantes se ven apoyadas, protegidas y reguladas por redes normativas (tanto informales como jurídicas) que facilitan su desarrollo y su funcionamiento, la convulsión de esta última gran revolución sectorial ha arrastrado a las bases de la institución familiar a una creciente disolución que debilita su eficiencia hasta el punto de poner en cuestión su supervivencia.

España es un ejemplo. En 1980, el 65% de las mujeres de 20 a 34 años estaban casadas. Desde entonces –en una evolución totalmente lineal hasta 2018– han llegado a estarlo solo un 17%. De continuar esta trayectoria, en el año 2030 habría desaparecido el matrimonio entre las jóvenes de esas edades. Y en esa evolución, ya se ha igualado el número de hijos de parejas casadas con el de no casadas.

En las sociedades avanzadas es ingente la cantidad de horas de trabajo de crianza y mantenimiento domésticos que han desaparecido debido al cambio sectorial del trabajo doméstico (que era casi únicamente femenino). Con la «fuerza de trabajo reproductivo» actualmente disponible no se puede esperar un repunte significativo de la natalidad. Y si no aumentan de forma sustantiva los años de vida obtenidos por cada nacimiento, se producirá una disminución progresiva de la población. Parece que la sociedad admite este descenso o que no es consciente de él. Se diría que vivimos en un periodo transitorio inestable en el que la dinámica social no ha sabido medir con acierto la cantidad imprescindible de fuerza de trabajo reproductivo necesaria para conseguir dos objetivos coincidentes: el mínimo de la estabilidad de la población y la satisfacción de la generalizada voluntad de los individuos de una reproducción suficiente.

Dado que no parece reversible la individualización y que no es fácil administrar los importantes desequilibrios por edades que se están produciendo, es esperable que la demostrada capacidad de adaptación de los humanos dé lugar a un importante aumento del ritmo y la importancia de la traslación de los «servicios reproductivos» al Estado y al Mercado (incluyendo formas de apoyo domiciliario) para que se consiga estabilizar la población.

Aunque para ello tendrá que ser necesario transformar la distribución intergeneracional de los recursos, lo que, de conseguirse, conllevaría cambios de entidad, tanto en las instituciones como en la estructura económica, social y política de las sociedades avanzadas.